



EL MUNDO PERDIDO

ARTHUR CONAN DOYLE



ILUSTRADO POR
SAGAR FORNIÉS

1. ESTAMOS RODEADOS DE POSIBLES HEROÍSMOS

El padre de ella, míster Hungerton, era, en verdad, la persona de menos tacto del mundo: un verdadero papagayo de hombre, fofo, sin sustancia, desaliñado; muy amable, pero sin más panorama que su propio y estúpido yo. La única cosa capaz de alejarme de Gladys habría sido el pensamiento de un suegro como aquél. Tengo el convencimiento de que allá, en el fondo de su corazón, míster Hungerton creía que mis tres visitas por semana a Los Nogales se debían al placer que yo encontraba en su compañía, y de manera muy particular al de escuchar sus opiniones sobre el bimetalismo, tema en el que llevaba camino de llegar a ser una autoridad.

Durante la velada de aquella noche había escuchado por espacio de una hora o más su cháchara monótona sobre cómo la moneda mala desaloja a la buena, sobre el valor en prenda de la plata, la depreciación de la rupia y los tipos verdaderos del cambio.

–Supóngase –exclamó de pronto, con débil exaltación– que en un momento dado, de una manera simultánea, se exigiese el pago inmediato de todas las deudas a todos los deudores del mundo. ¿Qué ocurriría dadas las circunstancias en que nos encontramos?

Le contesté que, por lo que respecta a mí, era evidente que aquello equivaldría a mi ruina. Esta respuesta le hizo ponerse en pie de un salto, con palabras de censura para mi ligereza, condición habitual en mí, que le impedía traer a colación en mi presencia ningún tema razonable. Y salió disparado de la sala para vestirse, porque tenía que acudir a una reunión masónica.

¡Por fin me encontraba a solas con Gladys, y había llegado el momento decisivo! Durante toda la velada, mi estado de ánimo había sido el del

soldado que está esperando la señal que le ha de lanzar a la empresa de vida o muerte, oscilando durante esa espera entre la confianza del éxito y el temor del fracaso.

Ella estaba sentada, y su perfil, altivo y de líneas delicadas, se recortaba sobre el fondo rojo de los cortinajes. ¡Qué hermosa era, y qué lejos parecía estar de mí! Éramos amigos, muy buenos amigos; pero nunca había podido pasar yo de una camaradería idéntica a la que habría podido unirme a cualquiera de mis colegas informadores de la *Gaceta*, una camaradería franca, afectuosa, totalmente asexual. Soy, por instinto, completamente contrario a la mujer que se me muestra excesivamente franca, sin reservas en su trato. Esto no es ningún cumplido para el hombre. Allí donde surge un verdadero sentimiento sexual, va acompañado de timideces y recelos, que son quizá reacciones heredadas de aquellas épocas salvajes en las que el amor y la violencia marchaban con frecuencia a la par. La cabeza inclinada, el mirar a otro lado, la voz trémula y el movimiento de retroceso constituyen señales auténticas de la verdadera pasión, más bien que el sostener la mirada del hombre y el responder descaradamente a lo que esa mirada dice a la mujer. Me había bastado la corta experiencia de mi vida para aprender eso, o lo había recibido como herencia en la memoria racial que llamamos instinto.

Rebosaban en Gladys todas las cualidades femeninas. Algunos la juzgaban fría y áspera, pero semejante juicio era una traición. El cutis finamente bronceado, de tonalidad casi oriental; los cabellos de azabache, los húmedos ojazos, los labios hinchidos, pero exquisitos, ninguno de los estigmas pasionales faltaba allí. Pero yo me daba dolorosamente cuenta de que no había descubierto hasta entonces el secreto de que esa pasión brotase al exterior. Sin embargo, pasase lo que pasase, estaba resuelto a terminar con la incertidumbre y a plantear y resolver el problema aquella noche. Lo más que Gladys podía hacer era rechazarme, y prefería ser rechazado como pretendiente que aceptado como hermano.

Había permanecido absorto en mis pensamientos, y estaba ya a punto de romper aquel silencio largo y desasosegado, cuando se volvieron hacia mí dos ojos negros con expresión de censura, y la altiva cabeza se movió con sonrisa desaprobadora.

—Tengo el presentimiento de que va usted a declarárseme, Eduardo.



No lo haga, por favor, y deje que todo siga como hasta ahora. Es mucho más agradable.

Acerqué un poco más mi silla hacia Gladys y le pregunté con sincero asombro:

–Pero ¿cómo supo que me iba a declarar?

–Eso lo saben siempre las mujeres. ¿Piensa acaso que hubo jamás mujer en el mundo a la que una declaración haya cogido por sorpresa? En nuestro caso, Eduardo, era tan dulce y tan agradable la amistad que nos unía que es una lástima echarla a perder. ¿No se da cuenta de lo magnífico que resultaba el que un joven y una joven hablasen cara a cara como nosotros hemos venido haciéndolo?

–¡Qué quiere que le diga, Gladys! Yo, desde luego, hablaría cara a cara con el jefe de estación...

No tengo la menor idea de cómo fue el traer a cuento a ese funcionario; pero el caso es que surgió en escena, haciendo que ella y yo rompiésemos a reír.

–Pues no, eso no me agrada en modo alguno. Yo deseo rodearla con mis brazos y sentir su cabeza sobre mi pecho, y deseo, Gladys...

Saltó ella de su asiento al advertir que yo pretendía poner en práctica algunos de mis deseos.

–Lo ha echado todo a perder, Eduardo. Todo es bello y natural hasta que sobreviene esto. ¡Qué lástima! ¿Por qué no ha de poder dominarse?

–No he sido yo quien lo inventó –le dije, como excusándome–. Es la naturaleza, es el amor.

–Bien; quizá la cosa sea distinta cuando el amor es recíproco. Yo nunca lo he sentido.

–Es preciso que lo sienta... ¡Tan bella como es, con el espíritu que tiene! Usted ha sido hecha para amar, Gladys. Es preciso que ame.

–Habría que esperar hasta que el amor llegue.

–¿Y por qué no puede amarme a mí, Gladys? ¿Es por mi cara, o qué?

Gladys se suavizó un poco. Se inclinó –¡con qué elegancia!–, adelantó la mano y empujó levemente hacia atrás mi cabeza. Luego contempló mi rostro vuelto hacia arriba, sonrió con gran melancolía y acabó diciéndome:

–No, no es por eso. Como no es usted uno de esos muchachos presun-

tuosos por naturaleza, puedo decirle sin peligro que no es por eso. Es por algo más profundo.

—¿Mi carácter?

Me dio la respuesta con un severo movimiento afirmativo de la cabeza.

—¿No puedo corregirme? Siéntese, por favor, y dígame todo. No haré nada, descuide, si usted se sienta.

Me miró con una expresión de recelo y de inseguridad que me subyugó más que si hubiese mostrado una absoluta seguridad. Bien mirado, ¡qué primitivismo y qué bestialidad hay en todo esto cuando uno lo pone por escrito! Quizá, después de todo, sea éste un sentimiento privativo mío. Sea como sea, el caso es que Gladys volvió a sentarse.

—Veamos qué es lo que encuentra malo en mí.

—Es que estoy enamorada de otro —me dijo ella.

Fui yo entonces el que se puso en pie de un salto.

—No es de otro hombre determinado —aclaró, riéndose al ver la expresión de mi cara—. Se trata de un hombre ideal que no he encontrado hasta ahora.

—Hábleme de ese hombre. ¿Cómo es físicamente?

—Pues verá: físicamente podría parecerse mucho a usted.

—¡Bendita sea la boca que habla así! ¿Y qué es lo que él hace que yo no haga? Con una sola palabra que diga: que es abstemio, que es vegetariano, que es aeronauta, teósofo, superhombre..., trataré de serlo yo también, Gladys. Explíqueme lo que le agradecería que fuese.

Ella se echó a reír ante semejante flexibilidad de carácter, y me contestó:

—En primer lugar, yo no creo que ese hombre mío ideal se expresara como usted acaba de hacerlo. Él sería más duro, más rígido, y no se plegaría de una manera tan fácil al capricho de una tontuela como yo. Pero, por encima de todo, tendría que ser un hombre capaz de actuar, de hacer cosas, de mirar a la muerte cara a cara, sin encogerse el corazón; un hombre de grandes hazañas y de extraordinarias experiencias. No sería al hombre a quien yo amaría, sino que amaría la gloria por él ganada y que se reflejaría en mí. ¿Recuerda a Richard Burton? Cuando leo su vida, escrita por su mujer, comprendo muy bien el amor de ésta. ¡Y el de lady Stanley! ¿Leyó alguna vez el maravilloso capítulo final del libro que escribió acerca de su

marido? Ésa es la clase de hombres que una mujer sería capaz de adorar con toda su alma, sintiéndose más grande y no más pequeña por el amor hacia ellos, porque todo el mundo la honraría como a la inspiradora de tan nobles acciones.

Tan bella parecía, movida de su entusiasmo, que estuve a punto de hacer algo que habría rebajado el nivel que hasta entonces había tenido la conversación. Me contuve con un esfuerzo y seguí defendiéndome.

—No les es posible a todos ser Stanleys o Burtons —dije—. Además, tampoco se nos presentan las oportunidades; por lo menos, a mí nunca se me presentaron. Si se me presentasen, trataría de aprovecharlas.

—Las oportunidades le rodean por todas partes. La característica de esa clase de hombres a que me refiero es que ellos mismos se crean sus oportunidades. No es posible hacerlos retroceder. Yo no he tropezado jamás con un hombre de éstos y, sin embargo, creo que los conozco a fondo. Estamos rodeados de heroísmos posibles que esperan que los convirtamos en realidad. Son los hombres quienes tienen que encargarse de ello, y corresponde a las mujeres reservarles su amor como recompensa. Fíjese en ese joven francés que la semana pasada hizo una ascensión en globo. Soplaban un viento huracanado; pero como estaba anunciada su ascensión, insistió en soltar amarras. El viento lo arrastró en veinticuatro horas a una distancia de mil quinientas millas, y cayó en el interior de Rusia. Era un hombre de la clase a que me refiero. ¡Qué orgullosa de él se habrá sentido la mujer a la que ama, y cómo la habrán envidiado las demás! Eso me gustaría, que tuviesen envidia por mi hombre.

—Yo habría hecho lo que él hizo, sólo por agradarla.

—No es eso; no tiene que hacerlo simplemente por agradarme. Debe hacerlo porque es un impulso que le brota de dentro, como una cosa natural, porque el hombre que lleva usted dentro brama por encontrar la manera heroica de manifestarse. Veamos, por ejemplo: el pasado mes me hizo usted un relato de la explosión en la mina de carbón de Wigan. ¿Por qué no descendió usted a las galerías para ayudar a los siniestrados, a pesar de la atmósfera de asfixia que allí reinaría?

—Lo hice.

—No ha dicho una palabra.

–Es que no había en esa acción motivo de jactancia.

–Lo ignoraba.

Gladys me miró con un interés más vivo, y añadió:

–Fue un detalle valeroso.

–No tuve más remedio. Cuando se quiere escribir un buen reportaje, es preciso ver las cosas con nuestros propios ojos.

–¡Qué móvil más prosaico! Eso le quita todo romanticismo. Sin embargo, fuese por el móvil que fuese, me alegro de que bajase a la mina.

Gladys me alargó la mano, con gesto tan digno y amable que no supe hacer otra cosa que inclinarme y besársela. Ella siguió diciendo:

–Creo que no soy sino una tonta de mujer con caprichos de chicuela. Pero es algo tan auténtico en mí, algo tan consustancial conmigo que no tengo más remedio que dejarme llevar y obrar en consecuencia. Si me caso, me casaré con un hombre célebre.

–¿Por qué no? –exclamé yo–. Son las mujeres como usted las que sirven de acicate a los hombres. Deme una oportunidad, y ya verá si la aprovecho. Además, según ha dicho usted, somos nosotros quienes debemos crearnos las oportunidades, sin esperar a que se nos brinden. Fíjese en Clive, que no era más que un escribiente y que conquistó la India. ¡Por vida de..., que aún tengo yo que hacer en el mundo algo para que sea sonado!

Mi súbita efervescencia irlandesa hizo reír a Gladys, y me dijo:

–¿Por qué no? Dispone usted de todo lo que un hombre puede disponer: juventud, salud, fortaleza física, instrucción, energía. Sentí al principio que hablase usted, pero ahora me alegro, me alegro muchísimo, puesto que con ello han despertado en usted esos sentimientos.

–¿Y si llego a...?

Su mano se apoyó como tibio terciopelo sobre mis labios.

–Ni una palabra más, señor. Ya hace media hora que debería usted encontrarse en la redacción para sus tareas de la noche; pero no tuve valor para decírselo. Quizá algún día, cuando se haya ganado su puesto en el mundo, reanudemos esta conversación.

Y así fue como aquella noche brumosa de noviembre me encontré corriendo a la caza del tranvía de Camberwell, con el corazón hecho un ascua en mi interior y resuelto a no dejar pasar ni un solo día más sin realizar una

hazaña que fuese digna de mi dama. Pero nadie en el mundo habría sido capaz de imaginar la forma increíble que tomaría la hazaña ni los extraños pasos que habrían de conducirme a su realización.

Bien. El lector dirá que este capítulo de entrada no tiene nada que ver con mi narración; pero ésta no habría existido sin aquél, porque únicamente cuando el hombre se echa al mundo penetrado del pensamiento de que por todas partes le rodean heroísmos, y con el deseo vivo en su corazón de salir en persecución del primero que se le ponga delante, únicamente entonces, digo, rompe con la rutina de su vida y se lanza a la aventura por el país maravilloso envuelto en un místico crepúsculo, que esconde los grandes riesgos y los grandes premios. Heme, pues, en la Redacción de la *Gaceta Diaria*, de cuyo personal era yo una insignificante unidad, con la firme resolución de descubrir aquella misma noche, si era posible, una empresa digna de mi Gladys. ¿Era dureza de corazón, era egoísmo el pedirme que arriesgase mi vida para gloria suya? Pensarlo habría sido propio de un hombre ya entrado en años, nunca de un ardoroso joven de veintitrés y en la fiebre de su primer amor.

2. PRUEBE FORTUNA CON EL PROFESOR CHALLENGER

Siempre me inspiró simpatía McArdle, director de la sección informativa del periódico, hombre gruñón, cargado de espaldas y pelirrojo. Estaba casi convencido de que yo también se la inspiraba a él. Claro está que el verdadero jefe era Beaumont, pero éste se pasaba la vida en alturas olímpicas de atmósfera enrarecida, desde las que no podía distinguir acontecimientos de menor volumen que una crisis internacional o una ruptura en el Consejo de Ministros. Alguna que otra vez le veíamos cruzar majestuosamente solitario hacia el impenetrable sanctum de su despacho, con la mirada perdida en lejanías y el pensamiento volando sobre los Balcanes o el golfo Pérsico. Estaba por encima y más allá de nosotros. Pero su primer lugarteniente era McArdle, y nosotros tratábamos con éste. El viejo me saludó con un movimiento de cabeza al verme entrar, y se subió los cristales de las gafas hasta su calva frente, diciéndome con su cariñoso acento escocés:

—Muy bien, míster Malone; parece que lo está usted haciendo muy bien, según me dicen.

Le di las gracias.

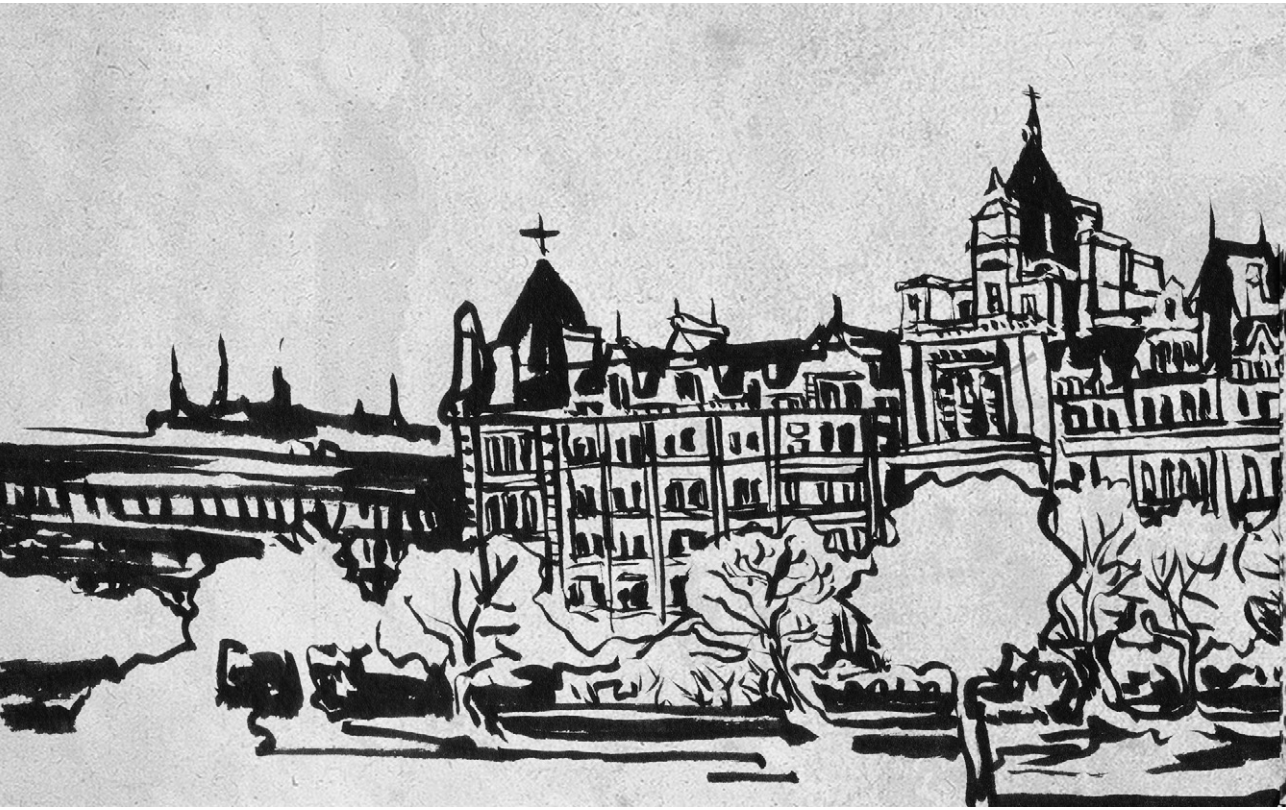
—Lo de la explosión de la mina de carbón estuvo muy bien. Y también lo del incendio de Southwark. Tiene usted buena mano para escribir. ¿Y qué es lo que quiere de mí?

—Pedirle un favor.

Aquello pareció alarmarle, y desvió sus ojos de los míos.

—¡Vaya, vaya! ¿Y de qué se trata?

—¿No tendría usted manera, señor, de enviarme por ahí a desempeñar alguna misión en nombre del periódico? Pondría todo de lo que soy capaz



en llevarla a buen término, aprovechando la ocasión para enviar buenos originales al periódico.

—¿Y en qué clase de misión especial estaba usted pensando, míster Malone?

—En cualquiera, señor, con tal que haya en ella aventura y peligros. De verdad que pondría en la tarea todo cuanto pudiera dar de mí. Cuanto más difícil sea, más a gusto me encargaré de ella.

—¿Tiene mucha prisa por perder la vida?

—Por justificar mi vida, señor.

—Por vida mía, míster Malone, que todo eso suena a cosa sublime. Mucho me temo que nuestro tiempo no esté ya para tales músicas. Los gastos que acarrea una *misión especial* distan mucho de ser proporcionados a los resultados. En todo caso, esa clase de encargos suele confiarse a hombres que cuentan ya con experiencia y que inspiran confianza al pú-



blico. Aquellos grandes espacios en blanco que antes tenían los mapas van estando clasificados, y no queda ya en parte alguna lugar para lo novelesco. Sin embargo, ¡espere un poco! —agregó, y surgió de pronto en su cara una sonrisa—. Eso de los espacios en blanco de los mapas me ha dado una idea. ¿Qué le parecería la tarea de poner en evidencia a un farsante, a una especie de Munchausen moderno, y cubrirlo de ridículo? Tendría usted ocasión de exponerle a la vergüenza como lo que es: un embustero. ¡Vaya si estaría bien! Qué, ¿le agrada la idea?

—Me agrada todo, y dondequiera que sea. Me es igual.

McArdle permaneció por espacio de algunos minutos sumido en meditaciones.

—Quizá lograrse usted establecer un contacto amistoso, o, por lo menos, dialogar con ese individuo. Posee usted, por lo visto, dotes geniales para

relacionarse con la gente. Me imagino que será cuestión de simpatía, de magnetismo animal, de vitalidad juvenil o de algo por el estilo. Yo mismo lo he experimentado.

—Es mucha su amabilidad, señor.

—Veamos, pues. ¿Querrá usted probar suerte con el profesor Challenger, que vive en Enmore Park?

Debió de producirme un pequeño sobresalto, porque exclamé:

—¿Challenger? ¿Challenger, el célebre zoólogo? Pero ¿no es ése el que le abrió la cabeza a Blundell, el redactor del *Telegraph*?

El redactor jefe se sonrió de un modo indescriptible.

—Qué, ¿no le cae bien? ¿No me dijo que lo que buscaba eran aventuras?

—Yo no le hago ascos a nada, señor —le contesté.

—Así debe ser. Por lo demás, no creo que se encuentre siempre en un estado tal de violencia. Quizá Blundell cayó por allí en mal momento, o le abordó de forma equivocada. Puede que tenga usted mejor suerte o que se dé mejor maña para manejarlo. Estoy seguro de que tiene usted ahí un tema que cae dentro de sus posibilidades, y que a la *Gaceta* le convendría explotar.

—La verdad es que no sé una palabra acerca de ese hombre —le dije—. Si recuerdo su apellido es porque figuró en la vista de la causa ante el Tribunal de Justicia por haber golpeado a Blundell.

—Tengo aquí algunas notas que le servirán de guía, míster Malone. Hace ya algún tiempo que vengo fijándome en el profesor.

Sacó del cajón un papel, y añadió:

—Aquí hay una especie de resumen de su historia. Voy a dárselo brevemente: «*Challenger, George Edward*. Nació: Largs, N. B., 1863. Estudió: Academia de Largs, Universidad de Edimburgo. Ayudante del British Museum, 1892. Ayudante conservador del Departamento de Antropología Comparada, 1893. Dimitió el mismo año después de cruzarse una agresiva correspondencia. Medalla de Crayton por investigaciones zoológicas. Miembro extranjero correspondiente...». (Bueno; aquí hay un verdadero rosario de academias que ocupa dos pulgadas de letra menuda.) «Société Belge, American Academy of Sciences, La Plata, etc., etc. Ex presidente de la Sociedad Paleontológica. Sección II de la British Association, etc. Publicaciones: *Observaciones sobre una*

serie de cráneos de calmuco. Esbozo de la evolución vertebrada, y numerosos ensayos, entre los que se incluye *La falacia básica del weismanismo*, que motivó una acalorada discusión en el Congreso Zoológico de Viena. Sus distracciones: paseos, alpinismo. Dirección: Enmore Park, Kensington, W.» ¡Ea!, hágase cargo de este papel. No tengo nada más para usted esta noche.

Me metí en un bolsillo la hoja de papel.

—Perdone un momento, señor —le dije, al ver que ya no tenía delante una cara rubicunda, sino una calva rubicunda—. Todavía no veo claro en lo referente a la finalidad de la entrevista que he de celebrar con este caballero. ¿Qué es lo que ha hecho?

La cara volvió a surgir rápidamente.

—Hará dos años realizó una expedición solitaria por América del Sur. Regresó el pasado año. Desde luego, estuvo en Sudamérica, pero se negó a declarar el punto exacto. Comenzó a relatar sus aventuras de un modo vago; pero hubo alguien que descubrió inexactitudes, y entonces el hombre cerró la boca igual que una ostra. Algo extraordinario debió de ocurrirle, si el individuo en cuestión no es un embustero redomado, cosa muy probable. Presentó algunas fotografías estropeadas que fueron calificadas de simulaciones amañadas. Se volvió tan susceptible que acomete a cuantos le dirigen preguntas, y tira por las escaleras a los informadores de Prensa. Éste es su hombre, místico Malone. En mi opinión, se trata de un megalómano homicida, con aficiones científicas. Y ahora, lárguese y vea lo que puede sacar de él. Ya es usted grandecito para cuidar de su propia persona. De cualquier manera, todos ustedes están asegurados según la ley de Responsabilidades de los Patronos.

Otra vez la cara sonriente se convirtió en óvalo de calva rubicunda, con marco de pelusa rojiza. La entrevista había terminado.

Fui caminando hasta el Savage Club; pero, en lugar de entrar, me recosté en la barandilla de la explanada de la Adelphi Terrace, y permanecí largo rato contemplando pensativo la corriente oscura y aceitosa del río. Donde yo discurro con mayor serenidad y claridad es al aire libre. Saqué la lista de hazañas del profesor Challenger y la releí a la luz de la bombilla eléctrica. Y de pronto tuve lo que sólo puedo considerar como un golpe de inspiración. Como periodista, estaba seguro de que jamás conseguiría ponerme en relación con el pendenciero profesor. Ahora bien: aquella doble mención

que se hacía en aquel esqueleto de biografía sobre sus agrias disputas sólo podía tener un sentido: que se trataba de un fanático de la ciencia. ¿No era ésa una puerta abierta, por la que quizá fuese accesible? Lo probaría.

Me metí en el Club. Acababan de dar las once y ya el gran salón estaba regularmente lleno, aunque no había llegado todavía a su punto máximo. Vi junto a la chimenea, sentado en un sillón, a un hombre alto, enjuto, anguloso. Se volvió al acercar yo mi silla a donde él estaba. Puestos a elegir, era él precisamente a quien habría recurrido: Tarp Henry, del cuerpo de Redacción de *Nature*, delgado, reseco, correoso, pero rebosante de bondad afectuosa para cuantos le trataban. Entré, sin más, en materia.

—¿Qué sabe usted del profesor Challenger?

—¿Challenger? —frunció el ceño con expresión desaprobadora—. Sí, es ese individuo que vino de América del Sur contando cosas fantásticas.

—¿Qué cosas?

—Verdaderas paparruchas sobre que había descubierto yo no sé qué animales. Tengo entendido que de entonces acá se ha retractado. O, si no se ha retractado, ya no ha vuelto a decir una palabra. Concedió una entrevista a los de Reuter, y se levantó tal clamor que Challenger comprendió que aquello no *colaría*. Fue algo vergonzoso. Hubo uno o dos que se sintieron inclinados a tomarlo en serio, pero ya se encargó él de ahuyentarlos.

—¿De qué manera?

—Con su rudeza intolerable y con su actitud absurda. El pobre Wadley, por ejemplo, el del Instituto Zoológico, le envió el siguiente mensaje: «El presidente del Instituto Zoológico ofrece sus respetos al profesor Challenger, y le agradecería como favor personal que les hiciese el honor de acudir a la próxima reunión de sus miembros». La contestación fue imposible de poner en letras de imprenta.

—¡Qué me dice!

—Podría darse la siguiente versión expurgada y adecuada de la respuesta: «El profesor Challenger presenta sus respetos al presidente del Instituto Zoológico y le agradecería como favor personal que se fuese al cuerno».

—¡Válgame Dios!

—Sí, creo que eso fue lo que leyó el viejo Wadley. Recuerdo sus sollozos cuando empezó a hablar de ese modo durante la reunión: «En cincuenta

años que llevo de experiencia en intercambios científicos...». El pobre viejo quedó como deshecho.

—¿Qué más sabe respecto a Challenger?

—Verá... yo soy bacteriólogo, y vivo dentro de un microscopio de noventa y nueve diámetros. La verdad es que casi no me fijo en nada de todo aquello que veo con mis ojos desnudos. Yo soy un guardafronteras del extremo límite de lo Visible, y me siento totalmente desplazado cuando salgo de mi estudio y me pongo en contacto con ustedes, seres voluminosos, ásperos y grandullones. Soy excesivamente despreocupado para meterme en chismorreos, pero sí he oído en conversaciones científicas hablar de Challenger, porque es uno de esos hombres a los que nadie puede pasar por alto. Es todo lo inteligente que se puede ser, una batería de energía y de vitalidad a plena carga, pero es también un chiflado, pendenciero e impertinente, y además un hombre sin escrúpulos. En este asunto de Sudamérica llegó hasta amañar algunas fotografías.

—Dice usted que es un chiflado. ¿Cuál es su chifladura especial?

—Tiene un millar; pero la última se refiere a Weismann y a la evolución. Creo que en Viena armó a ese respecto una bronca formidable.

—¿Podría explicarme en qué consiste el tema?

—En este momento, no; pero existe una traducción de lo que se trató en aquel Congreso, y la tenemos archivada en la oficina. Si no tiene usted inconveniente en venir...

—Es precisamente lo que me hace falta. Tengo que hacerle un reportaje a ese fulano, y ando buscando un hilo que me lleve hasta él. Es usted de una bondad sin límites poniéndome en el camino. Le acompañaré a usted, si no es ya demasiado tarde.

* * *

Media hora después me encontraba sentado en la Redacción del periódico, y tenía delante un grueso volumen, abierto en el artículo *Weismann frente a Darwin*, que llevaba el subtítulo siguiente: *Vivas protestas en Viena. Animadas sesiones*. Como mi educación científica era algo floja, no me fue posible seguir en toda su amplitud la discusión; pero era evidente que el profesor

inglés había tratado el tema de manera agresiva, molestando a fondo a sus colegas del continente. «Protesta», «Escándalo» y «Llamamiento general a la Presidencia» fueron tres de las primeras anotaciones que saltaron ante mi vista en el texto del discurso. La mayor parte de aquel texto fue para mí como escritura china, y nada decía a mi inteligencia. Por último dije patéticamente a mi colaborador:

–¿No podría usted traducirme esto al inglés?

–Al inglés está traducido.

–Entonces quizá tenga más suerte con el idioma original.

–Sí, es demasiado profundo, desde luego, para un profano.

–A mí me bastaría con tropezar con un solo párrafo sencillo y sustancioso, que contuviese una especie de idea humana concreta. Magnífico, aquí lo tengo. Casi, casi me parece entenderlo más o menos. Lo voy a copiar. Éste será mi enlace con el terrible profesor.

–¿Nada más puedo hacer en su favor?

–Pues sí; tengo intención de escribirle. Si yo pudiese dar aquí forma a mi carta y emplear su papel y membrete, la cosa tendría más ambiente.

–Y ese individuo se presentará aquí para dar un escándalo y destrozarme el mobiliario.

–No tenga cuidado. Ya leerá la carta; nada de polémica, se lo aseguro.

–Pues aquí tiene mi sillón y mi mesa. El papel está aquí. Me agradecería hacer de censor antes que salga la carta.

Me llevó bastante trabajo, pero creo sin presunción que no resultaba mal, una vez terminada. Se la leí en voz alta al bacteriólogo que hacía de crítico, y sentí cierto orgullo de mi obra.

«Querido profesor Challenger: En mi condición de humilde estudioso de la Naturaleza, he seguido siempre con el más vivo interés sus especulaciones sobre las diferencias entre Darwin y Weismann. Últimamente he tenido ocasión de refrescar mis conocimientos volviendo a leer...»

–¡Condenado embustero! –masculló Tarp Henry.

«... volviendo a leer su magistral discurso de Viena. Exposición tan lúcida y admirable, me parece a mí, que constituye la última palabra de la materia. Encuentro, sin embargo, en el mismo un párrafo: “Protesto enérgicamente contra la afirmación dogmática e insoportable de que cada *id* aislado es un

microcosmos que lleva en sí una arquitectura histórica elaborada lentamente a lo largo de una serie de generaciones”. ¿No desea usted acaso, teniendo en cuenta las investigaciones posteriores, modificar tal afirmación? ¿No cree que es recargar demasiado la idea? Como tengo mis puntos de vista muy marcados sobre el tema, me permito solicitar de usted el favor de una entrevista, porque sólo en una conversación personal podría yo dar forma a ciertas sugerencias. Si usted no lo toma a mal, tendré el honor de hacerle una visita pasado mañana, miércoles, a las once de la mañana.

»Dándole la seguridad de mi más profundo respeto, queda de usted muy atentamente,

»Edward D. Malone.»

—¿Qué tal? —pregunté satisfechísimo.

—Pues verás: si su conciencia lo resiste...

—Hasta ahora lo ha resistido todo.

—¿Y qué es lo que se propone?

—Entrar, y una vez que me encuentre dentro de su despacho, quizá se presente una salida de la situación. Puedo incluso llegar a una confesión completa. Si ese hombre tiene una vena de deportista, la cosa le ha de hacer cosquillas.

—¿Cosquillas? Quien se las hará es él a usted. Una cota de malla, o un equipo completo de futbolista norteamericano, con espinilleras, etcétera, eso es lo que va usted a necesitar. Bien, adiós. Si él se digna contestar, puede pasar usted a recoger la respuesta el próximo miércoles por la mañana. Es un carácter violento, peligroso y camorrista, que cuenta con la antipatía de todo el que se tropieza con él, y que es blanco de los hombres de estudio, hasta donde se atreven a atacarle. Quizá saliese usted ganando si no hubiese oído hablar jamás de él.

3. ES UN HOMBRE INTRATABLE

El temor o el deseo de mi amigo no estaban llamados a realizarse. Cuando el miércoles me presenté en su Redacción, había allí una carta con el matasellos postal de West Kensington en el sobre, y mi nombre escrito con una letra que hacía pensar en una cerca de alambre espinoso. El texto era el siguiente:

«Enmore Park, W.

»Señor: Ha llegado debidamente a poder mío su carta, en la que me asegura que apoya mis puntos de vista, aunque yo no sé que necesiten del apoyo de usted ni de nadie. Se ha lanzado usted a emplear la palabra *especulaciones*, refiriéndose a mis declaraciones sobre el darwinismo, y me permito llamar su atención acerca de lo ofensivo que resulta su vocablo aplicado a dicho tema. Sin embargo, deduzco por el contexto que usted ha pecado, más bien por ignorancia y falta de tacto que por malicia, de modo que paso por alto el detalle. Cita usted un párrafo aislado de mi discurso, y parece encontrar alguna dificultad en comprenderlo. Yo habría creído que sólo a una inteligencia infrahumana podría escapar ese punto; pero, si de veras le es necesaria una explicación, consentiré en recibirlo a la hora que me indica, a pesar de todo lo que me molestan las visitas y los visitantes. En cuanto a lo que apunta sobre la posibilidad de que yo modifique mi opinión, quiero que sepa usted que no tengo por costumbre hacerlo después de haber dado a conocer de manera deliberada el fruto maduro de mis meditaciones. Tenga la amabilidad de enseñar el sobre de esta carta, cuando se presente aquí, a mi auxiliar de confianza, Austin, que se ve obligado a tomar toda clase de precauciones para ponerme a cubierto de esa gentuza entremetida que se llama *periodistas*.

»Muy atentamente,

»George Edward Challenger.»

Tal fue la carta que leí en voz alta a Tarp Henry, que se había presentado a una hora temprana en su Redacción para enterarse del resultado de mi aventura. Su único comentario fue: «Creo que para los golpes se vende no sé qué nuevo producto. Cuticura o algo así, que es mejor que el árnica». Hay personas que tienen un curiosísimo sentido del humor.

Eran casi las diez y media cuando llegó a mis manos la carta, pero un taxi me llevó al punto de la cita con tiempo sobrado. Se detuvo frente a una casa de pórtico imponente, y cuyas ventanas de tupidos cortinajes daban a entender claramente que el formidable profesor era persona acaudalada. Abrió la puerta un individuo extraño, atezado, enjuto hasta la exageración y de edad indefinida, que vestía chaquetilla oscura de piloto y polainas de cuero castaño. Más adelante supe que era el chófer, que hacía las veces de mayordomo cuando este cargo estaba vacante, porque sus titulares formaban una legión fugitiva. Me miró de arriba abajo con inquisitivos ojos azules.

—¿Lo esperan? —me preguntó.

—Estoy citado.

—¿La carta?

Exhibí el sobre.

—Está bien.

Parecía hombre de pocas palabras. Cuando le seguía por el pasillo, me cortó de pronto el paso una mujer pequeña, que salió de lo que luego resultó ser el comedor. Era una dama vivaracha, despejada, de ojos negros, que por su tipo parecía más bien francesa que inglesa.

—Un momento —dijo—. Puede esperar, Austin.

—Pase, señor, aquí dentro. ¿Puedo preguntarle si antes de ahora ha hablado con mi esposo?

—No, señora; no he tenido ese honor.

—Pues entonces le pido mil disculpas por adelantado. No tengo más remedio que decirle que es un hombre con el que no hay nada que hacer; es absolutamente intratable. Estando usted advertido, le será más fácil ser indulgente.

—Es usted extraordinariamente atenta, señora.

—Si observa usted que se encoleriza, salga cuanto antes de la habitación y no se detenga a discutir con él. Son varias las personas que han resultado le-

sionadas por haberlo hecho. Luego viene el escándalo público, y yo y todos nosotros sufrimos las consecuencias. ¿No será respecto a lo de Sudamérica por lo que ha querido hablar con usted?

Yo no podía mentir a una señora.

—¡Válgame Dios! Es precisamente el tema más peligroso. Usted no creará una sola palabra de cuanto él afirma, y créame que no me admiro de ello. Pero no se lo diga, porque eso le saca de quicio. Haga como que le cree, y de ese modo saldrá con bien de la entrevista. No olvide que para él es una verdad indiscutible; de eso sí que puede usted estar seguro. No ha existido un hombre más honrado que él. No espere más, porque quizá se despertará su desconfianza. Si ve usted que se pone peligroso, verdaderamente peligroso, toque el timbre y manténgale a distancia hasta que yo llegue. Yo suelo dominarle hasta en sus peores momentos.

Después de estas frases tan animadoras, la dama me puso en manos del taciturno Austin, que durante la breve conversación había permanecido esperando, como la estatua de bronce de la discreción, y fui llevado hasta el final del pasillo. Unos golpecitos a la puerta, un mugido de buey en el interior, y me encontré cara a cara con el profesor.

Se hallaba sentado en un sillón giratorio, detrás de una ancha mesa llena de libros, mapas y diagramas. Al entrar yo, giró en su asiento para quedar frente a mí. Su aspecto me dejó por un instante con el aliento en suspenso. Yo iba preparado para encontrarme con algo fuera de lo corriente, pero no con un personaje tan importante como aquél. Lo que le dejaba a uno al pronto sin respirar era su volumen; su volumen y su tremendo aspecto. Su cabeza era enorme; no la he visto tan voluminosa sobre los hombros de ningún ser humano. Estoy seguro de que si yo me hubiese probado su sombrero de copa alta, se me habría metido hasta los hombros. Tenía la cara y la barba que a mí me hacen pensar siempre en un toro asirio: la primera, de un color vivo, y la segunda, tan negra que apuntaba a querer ser azul, en forma de azada y cayéndole en ondulaciones sobre el pecho. También la pelambre de su cabeza era especial, teniendo pegado sobre su frente maciza un amasijo que formaba una larga ondulación. Los ojos eran de un azul grisáceo, sombreados por cejas tupidas y largas, y su mirar era directo, penetrante y dominador. Unos hombros anchísimos y un pecho como una barrica fue-

ron las otras partes de su cuerpo que sobresalían de la mesa, fuera de unas manazas enormes y cubiertas de vello largo y negro. Todo esto, con la voz de bramido, de rugido, de retumbo, vino a ser mi primera impresión del célebre profesor Challenger.

–Bien –me dijo con la mirada más insolente–. ¿Y qué?

Era indispensable que yo mantuviese el engaño durante un pequeño espacio de tiempo al menos, porque, de lo contrario, allí habría terminado la entrevista.

–Tuvo usted la amabilidad de darme una cita –dije humildemente, sacando el sobre de su carta.

Eché mano a mi carta, que estaba encima de su mesa, y la extendió delante de sí.

–¡Oh! De modo que es usted el joven que no es capaz de comprender lo que está escrito en un inglés corriente. Por lo que veo, se digna usted a dar su aprobación a mis afirmaciones generales.

–Por completo, señor, por completo.

Puse gran énfasis en mis palabras.

–¡Vaya por Dios! Eso refuerza mucho mi posición, ¿verdad? Sus años y su aspecto hacen doblemente valioso su apoyo. Bien; por lo menos, vale usted más que toda aquella piara de cerdos de Viena, cuyo gregario gruñido, sin embargo, no resulta más ofensivo que el esfuerzo aislado del cerdo británico.

Clavó en mí su mirada, como en el ejemplar allí presente de la bestia en cuestión. Yo le dije:

–Por lo visto, se han comportado de una manera odiosa.

–Le aseguro que yo me basto para pelear por mis propias palabras, y que para nada en absoluto necesito de su simpatía. Déjeme solo, entre la espada y la pared. G. E. Ch. no es nunca tan feliz como cuando se ve de ese modo. Bien, señor, abreviemos todo lo posible esta visita, que seguramente no le resulta agradable a usted, y que para mí resulta molestísima. He creído entender que tenía usted algún comentario que hacer a la proposición que yo adelanté en mi tesis.

Sus tácticas eran de una línea recta tan brutal que era imposible soslayarlas. Pero yo tenía que seguir dando juego, en espera de que se me ofreciese una oportunidad. Vista la cosa desde lejos, había parecido sencilla. ¿Era posible

que mi ingenio irlandés no acudiese en mi ayuda ahora que tanto lo necesitaba? Me traspasó con sus dos ojos acerados y afilados, y retumbó:

—¡Ea, venga ya!

—Yo, como comprenderá, no soy sino un simple estudioso —dije con sonrisa fatua—, apenas un investigador de buena fe. Me pareció al mismo tiempo que se mostraba usted demasiado severo con Weismann en este asunto. ¿Acaso las pruebas descubiertas desde entonces hasta ahora no han mostrado tendencia, eso es, tendencia a reforzar su posición?

—¿Qué pruebas?

Hablaba con una calma amenazadora.

—Bueno, como pruebas, yo sé muy bien que no hay ninguna que merezca ser calificada de *definitiva*. Me refería únicamente a las tendencias del pensamiento moderno y el punto de vista científico general, si se me permite expresarme de este modo.

Se echó hacia delante con gran seriedad.

—Supongo que ya sabrá usted que el índice craneano es un factor constante —dijo, y fue contando las preguntas con sus dedos.

—Naturalmente —contesté.

—Y que la teleogonía se halla aún *sub judice*.

—Desde luego.

—Y que el plasma del germen es diferente del huevo partenogénico.

—¡Claro que sí! —exclamé, entusiasmado con mi audacia.

—Pero ¿qué prueba todo esto? —preguntó con voz suave y persuasiva.

—Eso es, ¿qué prueba? —murmuré.

—¿Quiere que se lo diga? —murmuró acariciador.

—Se lo ruego.

—Prueba —rugió con súbito arrebató de cólera— que es usted el más desvergonzado impostor de Londres, un villano reptil de periodista, que lleva dentro de sí tan poca ciencia como decoro.

Se había puesto en pie de un salto, con ojos llameantes de loco furor. A pesar de la tensión del momento, tuve tiempo para asombrarme al descubrir que el profesor era un hombre pequeño, y que su cabeza no rebasaba de mis hombros; es decir, que era un Hércules achaparrado, cuya tremenda vitalidad se había desplegado totalmente en anchura, fondo y cerebro.

—¡Galimatías! —gritó, echado hacia delante, con las puntas de los dedos apoyados en la mesa, y la cara saliente—. Eso es lo que le he estado diciendo a usted, caballero... ¡Un puro galimatías científico! ¿Creyó que podía competir en astucia conmigo, usted, con su cerebro, que no abulta más que una nuez? ¿Es que se creen ustedes omnipotentes, condenados escritorzueros? ¿Es que creen que bastan sus elogios para dar personalidad a un hombre, y sus censuras para anularlo? De modo que todos tenemos que doblar la cintura ante ustedes para que nos otorguen una frase amable, ¿no es así? ¡A éste hay que echarle una mano, y a este otro hay que darle una zorra! ¡Gusanos reptadores, os conozco bien! Os han dado alas y ya no os acordáis de cuando os desorejaban. Habéis perdido el sentimiento de la proporción. ¡Globos hinchados de gas! Pero yo os pondré en el sitio que os corresponde. Sí, señor. Con G. E. Ch. no habéis podido. Hay todavía un hombre que puede más que ustedes. Os advirtió que le dejaseis en paz; pero puesto que os empeñáis en venir, vive Dios que allá vosotros con las consecuencias. Pague la prenda, mister Malone; yo reclamo la prenda. Se ha lanzado usted a un juego peligroso, y me da en las narices que ha perdido usted la partida.

—Escuche, señor —dije, retrocediendo hacia la puerta y abriéndola—. Puede usted ofenderme de palabra cuanto guste, pero todo tiene un límite. No le toleraré una agresión.

—No, ¿eh?

Entonces avanzó despacio hacia mí de manera característicamente amenazadora, pero se detuvo de pronto, metió sus manazas en los bolsillos laterales de la chaqueta, bastante juvenil, que vestía, y agregó:

—Son ya varios los que he arrojado de esta casa. Usted hará el cuarto o el quinto. Cada uno me costó, por término medio, tres libras y quince chelines. Bastante caro, pero indispensable. ¿Por qué no ha de seguir usted el camino de sus colegas? Yo creo que es una cosa obligada.

Reanudó su avance furtivo y desagradable, haciendo palanca sobre las puntas de los pies, como un profesor de baile.

Yo podría haber puesto pies en polvorosa, buscando la puerta del vestíbulo, pero me avergoncé de semejante idea. Además, empezaba a despertarse dentro de mí un calorillo de ira justiciera. Hasta entonces era yo quien no tenía razón, pero las amenazas de aquel hombre me la estaban dando.

—Insisto, señor, en que tenga las manos quietas, porque no lo toleraré.

—¡Válgame Dios! Conque no lo tolerará, ¿eh?

Se alzaron sus negros bigotazos, y la risa de burla puso al descubierto un colmillo blanco, reluciente.

—¡No haga el idiota de ese modo, profesor! —le grité—. ¿Qué cree usted que va a adelantar con ello? Peso doscientas diez libras; soy tan duro como un clavo, y todos los sábados juego de centro-trescuartos en el London-Irish. No soy hombre que...

En ese instante se abalanzó sobre mí. Fue una suerte que yo hubiese abierto la puerta, pues de otro modo la habríamos atravesado de parte a parte. Agarrados el uno al otro, rodamos por el pasillo como una rueda catalina. Debimos de enganchar no sé cómo una silla, y nos la llevamos por delante, camino de la calle. Yo tenía la boca llena de los pelos de su barba, nuestros brazos estaban entrelazados; nuestros cuerpos, entretorcidos, y la condenada silla nos metía sus patas por todas partes. Austin, que permanecía vigilante, había abierto de par en par la puerta del vestíbulo, y allá nos fuimos dando un salto mortal de espaldas, por la escalinata de la fachada. Yo he visto a los dos Macs intentar algo por el estilo en las salas de espectáculos; pero, según parece, se requiere cierta práctica para no lastimarse. La silla saltó en pedazos al pie de la escalinata, y nosotros rodamos hasta mitad de la calle. El profesor se puso en pie de un salto, agitando los puños y jadeando como un asmático.

—¿Le basta con eso? —preguntó, entrecortando las palabras.

—¡Condenado bravucón! —exclamé yo, tensando de nuevo mis músculos.

Y allí mismo habríamos dilucidado la cuestión, porque él estaba pidiendo pelea; pero, por suerte, alguien me sacó de una situación tan desagradable. Ese alguien fue un guardia de orden público, que apareció a nuestro lado, con el libro de notas en la mano.

—¿Qué quiere decir todo esto? No sé cómo no sienten vergüenza —dijo el guardia.

Eran las palabras más razonables que hasta entonces había escuchado yo en Enmore Park. El guardia insistió, volviéndose hacia mí:

—Venga ya. ¿De qué se trata?

—Este individuo me ha agredido —contesté.

—¿Es cierto eso? —preguntó el guardia.

El profesor respiró con fuerza, pero no dijo nada.

—Y no es tampoco la primera vez —agregó con severidad el guardia, moviendo desaprobadoramente la cabeza—. El mes pasado tuvo usted otro problema por el estilo. Le ha puesto usted un ojo negro al joven. ¿Mantiene usted la acusación, señor?

Mi indignación amainó, y contesté:

—No, no la mantengo.

—¿Por qué? —preguntó el guardia.

—La culpa fue mía. Me colé en su casa. Me lo advertió.

El guardia cerró de golpe su libro de notas, y dijo:

—Bien; pero que no vuelva a ocurrir una cosa así. Y ustedes, circulen, ¡ea!, circulen.

Esto último se lo dijo al muchacho del carnicero, a un joven y a dos o tres vecinos que se habían congregado a nuestro alrededor. Y se alejó pisando fuerte, llevándose por delante aquel rebañito. El profesor me miró, y en el fondo de su mirada bailaba una expresión divertida.

—Venga dentro, que aún no he acabado con usted —me dijo.

Las palabras tenían un sonido siniestro, pero yo le seguí y entré en la casa. El criado Austin, que parecía una estatua de madera, cerró la puerta a nuestras espaldas.

4. ES LA COSA MÁS GRANDIOSA DEL MUNDO

Apenas cerrada la puerta de la calle, salió del comedor la señora Challenger como una flecha. Estaba de un humor colérico la mujercita. Le cerró el paso a su marido, lo mismo que una gallina irritada que le plantase cara a un *bulldog*. Era evidente que me había visto salir, pero que no me había visto volver a entrar.

–¡Eres una bestia, George! –vociferó–. Has lastimado a ese joven tan bien educado.

El marido hizo una señal hacia atrás con su dedo pulgar.

–Ahí está sano y salvo, detrás de mí.

La señora se quedó confusa, y con razón.

–Perdone; no le había visto.

–Le aseguro, señora, que no pasa nada.

–¡Tiene usted heridas en la cara, pobrecito! ¡Qué bruto eres, George! Desde el principio de la semana no hemos tenido más que escándalos. Todos te están tomando antipatía y hacen bromas a tu costa. Has acabado con mi paciencia. De aquí no paso.

–La ropa sucia, en casa –retumbó el marido.

–No es un secreto para nadie –gritó ella–. ¿Crees que toda la calle, crees que todo Londres...? Austin, retírese, que no hace falta aquí... ¿Crees que no eres la comidilla de todos? ¿Dónde has dejado el respeto a ti mismo? Tú, que deberías estar de *regius professor* en una gran Universidad, con un millar de alumnos reverenciándote. ¿Dónde has dejado el respeto a ti mismo, George?

–¿Y qué me dices del tuyo, querida?

–Me pones en el disparadero. Un matón, un matón pendenciero y ordinario, eso es lo que te has vuelto.

—Sé buena, querida.

—Un matón alborotador y furioso.

—Eso ya es pasarse de la raya. ¡Al banquillo de castigo! —exclamó el profesor.

Y le vi, atónito, inclinarse, levantar en vilo a su señora y sentarla en un alto pedestal de mármol negro que había en un ángulo del vestíbulo. Tendría siete pies de altura, y era tan estrecho que sólo con dificultad conseguía la mujer guardar el equilibrio. Imposible imaginar un espectáculo más absurdo que el de aquella mujer encaramada allí, con la cara convulsa de ira, los pies colgando y el cuerpo rígido de miedo a perder el equilibrio.

—¡Bájame al suelo! —gemía.

—Di, por favor.

—¡Eres un grandísimo bruto! ¡Bájame al suelo en seguida!

—Venga a mi despacho, míster Malone.

—La verdad, señor, no sé si... —contesté, mirando a la dama.

—Aquí tienes al señor Malone, que aboga por ti, Juanita. Di «por favor», y te bajo en el acto.

—¡Qué bestia eres! ¡Por favor! ¡Por favor!

La bajó al suelo como si hubiese sido una pajarita.

—Es preciso que te comportes, querida, míster Malone es periodista. Mañana lo publicará en su papelucho, y venderá una docena más de ejemplares entre nuestros vecinos. *Curioso episodio en la alta sociedad* (creo que estabas bastante alta en ese pedestal, ¿verdad?). Y luego el subtítulo: *Una ojeada a un curioso matrimonio*. El señor Malone, lo mismo que todos los de su clase (*porcus ex grege diaboli*), un cerdo de la piara del diablo, el señor Malone, repito, es un devorador de carne podrida, de carroña. ¿Qué le pasa, Malone?

—Es usted insoportable —le dije con acaloramiento.

Challenger soltó el mugido de su risa.

—Ya tenemos aquí una coalición —gritó con un estampido, mirando primero a su mujer y luego a mí, al mismo tiempo que combaba su enorme caja torácica.

Pero, de pronto, alteró su tono y me dijo:

—Disculpe, míster Malone, estos escarceos familiares. Le pedí que volviese para algo bastante más serio que para que tomase parte en estas bromas domésticas. Largo de aquí, mujercita, y no te irrites.

Colocó una manaza en cada uno de sus hombros.

—Tienes razón en todo lo que dices. Si yo hiciese caso a tus consejos, sería mucho mejor de lo que soy; pero ya no sería por completo George Edward Challenger. Hay muchísimos hombres mejores, querida; pero sólo hay un G. E. Ch. De modo, pues, que saca de mí el mejor partido que puedas.

Y de pronto le estampó un sonoro beso, que me produjo a mí más embarazo que lo que me había producido su violencia.

—Y ahora, míster Malone, por aquí, hágame el favor —agregó con un gran acceso de dignidad.

Volvimos a entrar en la habitación de la que de manera tan tumultuosa habíamos salido diez minutos antes. El profesor cerró cuidadosamente la puerta una vez que estuvimos dentro, me indicó con un ademán que tomase asiento en un sillón, y alargó una caja de cigarrros para que los oliese, diciendo:

—San Juan Colorado auténticos. Las personas excitables como usted salen ganando con los narcóticos. ¡Por lo que más quiera! No le muerda la punta. Córtesela, y córtesela con reverencia. Y ahora recuéstese en el sillón y preste atención a todo cuanto se me ocurra decirle. Si le entran ganas de hacer alguna observación, resérvela para otro momento más oportuno. En primer lugar, por lo que se refiere a su vuelta a esta casa después de su expulsión justificadísima de la misma —adelantó la barba y clavó en mí sus ojos, como provocándome a que le contradijese—, después, digo, de su expulsión bien merecida. La razón ha sido la respuesta que dio usted a ese guardia tan oficioso, porque me pareció distinguir en usted un leve brillo de buenos sentimientos. Por lo menos, más de lo que estoy acostumbrado a ver en los de su profesión. Al reconocer que era usted quien tenía la culpa del incidente, demostró poseer cierta altura mental y amplitud de ideas que despertaron en mí atención favorable. La subespecie de la raza humana a que usted pertenece, por desgracia, ha estado siempre por debajo de mi horizonte mental. Sus palabras lo empujaron de pronto hasta un nivel superior, y por primera vez me fijé en usted seriamente. Por esa razón le invité a que regresase a casa conmigo, movido del deseo de conocerlo más a fondo. Tenga la amabilidad de depositar las cenizas en la

bandejita japonesa que hay encima de la mesa de bambú que tiene junto a su codo izquierdo.

Todo esto fue brotando a estampidos, como cuando un profesor habla en clase para todos los alumnos. Había hecho girar su sillón para quedar frente a mí, y parecía inflado como una enorme rana mugidora, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos medio ocultos bajo los ceñudos párpados. De pronto se volvió de costado, y todo lo que pude ver en él fueron sus cabellos enmarañados y una oreja roja y voluminosa. Estaba arañando entre un revoltijo de papeles que tenía encima de la mesa. Al cabo se volvió hacia mí, empuñando en la mano algo que parecía ser un estropeadísimo libro de dibujos.

–Voy a hablarle a usted acerca de Sudamérica –me dijo–. Sin comentarios, por favor. Para empezar, quiero que se dé por enterado de que nada de lo que yo le diga ahora debe ser repetido en público, si antes no tiene usted autorización expresa mía. Dentro de las probabilidades humanas, tal autorización no la obtendrá jamás. ¿Está claro?

–Es muy duro eso –le contesté–. Por lo menos, un relato juicioso.

Volvió a colocar el libro encima de la mesa.

–Hemos terminado –dijo–. Muy buenos días.

–¡No, no! –grité–. Me someto a todas las condiciones. Por lo que veo, no tengo opción.

–Absolutamente ninguna –me contestó.

–Entonces, prometo.

–Bajo su palabra de honor.

–Bajo mi palabra de honor.

Me miró con una expresión de duda en sus ojos insolentes, y dijo:

–Después de todo, ¿qué se yo de su honor?

–Por vida de..., señor, que se está usted tomando libertades muy grandes –le grité irritado–. Nadie me ha insultado jamás de esa manera.

Mi estallido pareció interesarle, más bien que molestarle. Murmuró entre dientes:

–Cabeza redonda, braquicéfalo, ojos grises, pelo negro, con sugerencias de negroide. Un celta, ¿verdad?

–Irlandés, señor.

—¿Irlandés de Irlanda?

—Sí, señor.

—Eso explica todo, naturalmente. Veamos: me ha prometido que mis confidencias serán respetadas. Desde luego, mis confidencias no serán completas ni mucho menos. Pero estoy dispuesto a darle algunas indicaciones que tendrán interés. En primer lugar, usted estará ya enterado probablemente de que hace dos años hice una excursión a América del Sur, una excursión que resultará clásica en la historia científica del mundo. Lo sabe, ¿verdad? Fui para comprobar algunas conclusiones a las que habían llegado Wallace y Bates, cosa que sólo era posible observando los hechos relatados por ellos en condiciones idénticas a las que ellos dos recogieron. Aunque mi expedición no hubiese conseguido otros resultados, habría merecido la celebridad; pero, estando allí, me ocurrió un incidente que abrió ante mí perspectivas completamente nuevas de investigación. Sabrá usted (aunque no me extrañaría que no lo supiese en esta nuestra edad de gentes semieducadas) que hay regiones a uno y otro lado del Amazonas que sólo parcialmente han sido exploradas, y que existe un gran número de afluentes del río principal que aún no figuran en los mapas. Me había propuesto visitar aquella región retirada y poco conocida para examinar su fauna, que me proporcionó materiales para varios capítulos de la obra monumental sobre zoología que constituirá la justificación de mi vida. Regresaba ya, después de cumplida mi tarea, cuando tuve ocasión de pasar una noche en una aldeíta india situada en el punto en que cierto tributario del Amazonas (cuyo nombre y situación me reservo) desemboca en el gran río. Los indígenas eran indios Cucamas, raza afectuosa, pero degradada, con capacidad mental apenas superior a la del londinense medio. Al remontar el río había llevado a cabo entre ellos algunas curaciones, habiéndoles producido la impresión de un gran personaje, no extrañándome, por ello, el ver que esperaban ansiosamente mi regreso. Deduje, de las señas con que me hablaban, que alguien necesitaba con urgencia mis servicios médicos, y seguí al jefe, que me condujo a una choza. Al entrar en ella, vi que el enfermo al que querían que asistiese acababa de fallecer en aquel mismo instante. Con gran sorpresa mía, no era un indio, sino un hombre blanco. Más aún: un hombre blanquísimo, porque tenía el pelo color de lino y todas las características de un albino. Vestía ropa harapienta, estaba demacrado y con todas las señales

de haber pasado largas calamidades. Por lo que pude entender a los indígenas, les era completamente desconocido, y había llegado hasta su aldea a través de los bosques y en el último grado de agotamiento. Junto a la yacija del muerto estaba su mochila, y yo registré su contenido. Su nombre estaba escrito en una tablilla que había dentro: «Maple White, Lake Avenue, Detroit, Michigan». He aquí un nombre ante el que yo estoy dispuesto en cualquier momento a descubrirme siempre. No exagero al decir que su nombre figurará al mismo nivel que el mío cuando llegue la hora definitiva de repartir la gloria de este acontecimiento. Lo contenido en la mochila demostraba de manera evidente que el muerto había sido un artista y un poeta a la caza de impresiones. Encontré algunas composiciones poéticas. Yo no me tengo por juez en esa materia, pero no les encontré mérito alguno. También contenía la mochila algunas pinturas vulgares de paisajes ribereños, una caja de pinturas, otra de lápices de colores, algunos pinceles, ese hueso curvo que ve usted encima de mi escribanía, un tomo del libro de Baxter *Polillas y mariposas*, un revólver barato y algunos cartuchos. En cuanto a objetos de equipo personal, o nunca los tuvo o los había perdido durante su viaje. Aquello era todo lo que dejó el extraordinario bohemio norteamericano. Iba ya a apartarme del lado del cadáver cuando me fijé en que de la parte delantera de su harapienta chaqueta sobresalía un objeto. Era este álbum de dibujos, que ya entonces estaba tan estropeado como lo ve usted ahora. Porque le aseguro que jamás un ejemplar de la edición príncipe de Shakespeare fue tratado con tanta reverencia como la que yo he dedicado a esta reliquia desde que pasó a mi poder. Aquí la tiene usted, y yo le ruego que estudie página por página su contenido.

Echó mano a un cigarro de la caja, y se recostó en el respaldo sin apartar de mí sus ojos agresivamente escrutadores, para ver el efecto que me produciría aquel documento.

Yo abrí el volumen con el sentimiento de quien espera una revelación, aunque no podía imaginarme de qué clase sería. La primera página me defraudó, sin embargo, porque no comprendía otra cosa que el retrato de un hombre gordísimo con chaqueta verde, y al pie «Jimmy Colver en el vapor correo». Venían a continuación varias páginas cubiertas de pequeños dibujos de indios y de sus costumbres. Me encontré luego con un dibujo que representaba a un eclesiástico, simpático y voluminoso, con sombrero de

teja, y frente a él un europeo muy delgado; la inscripción decía: «Almuerzo con Fra Cristoforo en Rosario». Estudios de mujeres y de niños llenaban varias páginas más, y de pronto se iniciaba una serie ininterrumpida de dibujos de animales con explicaciones como ésta: «Manatí en un banco de arena», «Tortugas con sus huevos», «Agutí negro debajo de una palmera mirití» (en esta última se veía un animal parecido a un cerdo). Venía por último una doble página con diferentes estudios de unos saurios repugnantes y de hocico larguísimo. No saqué nada de todo aquello, y así se lo dije al profesor.

—Son cocodrilos, ¿verdad?

—Caimanes. Caimanes. En América del Sur no encontrará usted nada parecido a un auténtico cocodrilo. La distinción que hay entre unos y otros...

—Quise decir que no veía aquí nada de extraordinario, nada que justificase lo que usted me había anunciado.

Challenger se sonrió beatíficamente.

—Pase a la página siguiente —me dijo.

Seguí sin responder a su expectación. Aquello era un paisaje a toda página, coloreado burdamente, una de esas pinturas que los pintores de paisajes suelen abocetar como guías para un empeño futuro definitivo. El primer plano era de una vegetación suave, en color verde pálido, que iba ascendiendo en rampa y terminaba en una hilera de collados de un color rojo oscuro, curiosamente curvados en forma de costillares, por el estilo de algunas formaciones basálticas que yo había visto. Formaban como un muro ininterrumpido a lo largo de todo el fondo del cuadro. En un punto del muro se alzaba una roca piramidal aislada, coronada por un árbol voluminoso. Al fondo de todo, un cielo tropical azul. Una delgada línea verde de vegetación bordeaba la cumbre del collado rojizo. En la página siguiente había otra acuarela del mismo lugar, pero tomada desde mucho más cerca, viéndose con toda claridad los detalles.

—¿Y...? —me preguntó.

—Como formación, es, desde luego, una cosa rara —le contesté—. Pero no sé lo suficiente de geología para decir que es una cosa maravillosa.

—¿Maravillosa? —repitió él—. Diga que es única. Resulta increíble. Nadie en el mundo soñó jamás con semejante posibilidad. Pase ahora a la siguiente.

Volví la página y dejé escapar una exclamación de sorpresa. Era un re-

trato a toda página del animal más extraordinario que hasta entonces había visto en mi vida. O bien se trataba de la fantástica visión de un fumador de opio, o era una pesadilla delirante. La cabeza del animal era la de un ave; el cuerpo, de un lagarto abotargado; la cola, alargada, estaba provista de pinchos vueltos hacia arriba, y a lo largo de la espalda combada corría una alta franja parecida a una sierra que producía la impresión de una docena de barbas de gallo puestas una tras otra. Delante de este animal veíase un absurdo maniquí o enano de figura humana que le miraba inmóvil y atónito.

–Bien, ¿qué opina de eso? –exclamó el profesor, frotándose las manos con aires de triunfador.

–Es monstruoso, grotesco. Pero ¿qué es lo que le movió a dibujar ese animal?

–La mala ginebra de taberna, me imagino.

–¿De modo que es ésa la explicación mejor que se le ocurre?

–¿Y cuál es la que se le ocurre a usted, señor?

–La que salta a la vista, es decir, que ese animal existe, y que ha sido copiado del natural.

Me habría reído, pero me contuvo la perspectiva de que volviésemos a girar otra vez por el pasillo convertidos en rueda catalina. Por eso dije, como quien le lleva la corriente a un imbécil:

–Sin duda..., sin duda.

Pero agregué:

–Confieso, sin embargo, que me desorienta esta minúscula figura humana. Si tuviese los rasgos de un indio, podríamos sacar la conclusión de que existe en América alguna raza de pigmeos; pero tiene todas las apariencias de representar a un europeo con sombrero ancho para defenderse del sol.

El profesor dio un resoplido de búfalo irritado, y dijo:

–De verdad que esto pasa de la raya. Acaba usted de ampliar mis perspectivas de lo posible. ¡Paresia cerebral! ¡Inercia mental! ¡Asombroso!

Aquel hombre resultaba demasiado absurdo para enojarme. Sería un despilfarro de energías, porque si uno se enojaba con él, por fuerza tenía que estar enojado siempre. Me contenté con una sonrisa de fastidio, al mismo tiempo que decía:

–Es que este hombre me dio la impresión de ser muy pequeño.

—¡Fíjese! —exclamó Challenger, inclinándose hacia delante y disparando hacia el dibujo la gran salchicha peluda de uno de sus dedos—. Fíjese en esta planta que se ve detrás del animal; me imagino que usted habrá supuesto que se trata de un arbusto diente de león, o de una col de Bruselas. ¿Qué es? Pues bien; es una palmera de las que llaman taguas, y que alcanzan alturas de cincuenta a sesenta pies. ¿No se da cuenta de que la figura del hombre ha sido colocada ahí ex profeso? La realidad es que si hubiese estado verdaderamente delante de un animal así, no habría vivido para dibujarlo. Se dibujó a sí mismo para darnos una escala de alturas. Pongamos que él tuviese más de cinco pies de estatura. El árbol tendría que ser diez veces mayor, y lo es, en efecto.

—¡Santo Dios! —exclamé—. En ese caso, usted opina que el animal era... Pero ¡si para un fenómeno así no habría cobijo ni siquiera en la estación de Charing Cross!

—Exageraciones aparte, no hay duda de que se trata de un ejemplar bien desarrollado —contestó el profesor muy satisfecho.

—Pero bueno —exclamé—. Un solo dibujo no puede obligarnos a poner de lado todas las experiencias adquiridas por la raza humana —yo había seguido pasando hojas, comprobando que el libro no contenía nada más—. Un solo dibujo, obra de un vagabundo norteamericano que quizá lo trazó bajo la inspiración del *haschisch*, o en el delirio de la fiebre, o simplemente por dar gusto a su imaginación aficionada a lo monstruoso. Usted no puede, en su calidad de hombre de ciencia, defender semejante posición.

El profesor, por toda respuesta, echó mano a un libro que había en un estante bajo, diciendo:

—He aquí una monografía excelente, obra de mi docto amigo Rey Lancaster: hay en ella una ilustración que quizá le interese. Aquí está, en efecto. El pie que lleva dice así: «Aspecto que tendría probablemente en vida el estegosaurio, dinosaurio jurásico. Una pata posterior alcanzaría la altura de dos hombres de buena estatura». ¿Y qué saca usted de esto?

Me alargó el libro abierto. Experimenté un sobresalto al ver el grabado. Aquella reconstrucción de un animal de un mundo ya muerto ofrecía, sin duda, un parecido grandísimo con el del dibujo del artista desconocido.

—Es una cosa extraordinaria, desde luego —le contesté.

—De modo que usted no reconoce que es una prueba definitiva.

—Puede ser, desde luego, una coincidencia; o quizá este norteamericano había visto algún dibujo así, quedándosele grabado en la memoria. Es probable que se presentase al recuerdo de un hombre atacado de delirio.

—Perfectamente —contestó con acento indulgente el profesor—. Dejémoslo así. Ahora le suplico que examine ese hueso.

El profesor me alargó el hueso al que se había referido al hacer el inventario de los objetos que poseía el muerto. Tendría unas seis pulgadas de largo, y era más grueso que mi pulgar, y mostraba en su extremidad algunos residuos de cartilago seco.

—¿A cuál de los animales conocidos pertenece este hueso? —me preguntó Challenger.

Lo examiné con minuciosidad, tratando de resucitar algunas de las cosas que sabía y que tenía medio olvidadas. Por fin, dije:

—Podría ser una clavícula humana muy gruesa.

Mi interlocutor subrayó con un vaivén de la mano su gesto de súplica desdenosa.

—La clavícula es un hueso curvo. Éste es recto. Se observa en su superficie una mediacaña que nos demuestra que allí hacía juego un voluminoso tendón, lo que no podía ocurrir si se tratase de una clavícula.

—Pues entonces no tengo más remedio que confesar que no sé de qué se trata.

—No tiene usted por qué avergonzarse de confesar su ignorancia, porque, según yo creo, ni todo el personal de South Kensington sería capaz de darle nombre.

Acto seguido sacó del interior de una cajita de píldoras un huesecillo del tamaño de un guisante.

—Si yo sé algo de estas cosas, este hueso humano guarda analogía con el que usted tiene ahora en su poder. Esto le ayudará a formarse una idea del volumen del animal en cuestión. Los restos de cartilago le harán comprender que no se trata de un fósil, sino de un ejemplar reciente. ¿Qué me dice a eso?

—Claro está que en un elefante...

Sufrió una contracción como de dolor.

—No, por Dios. No hable de elefantes en Sudamérica. Incluso en estos tiempos nuestros de escuelas autónomas debería saberse que...

—Bien —le interrumpí—, o de cualquier otro animal grande sudamericano, de un tapir, por ejemplo.

—Puede usted dar por sentado, joven, que yo estoy enterado de mi oficio. Este hueso no puede pertenecer ni a un tapir ni a ningún otro de los animales conocidos de los zoólogos. Pertenece a un animal muy grande, muy fuerte y, según toda analogía, muy feroz, que hoy vive sobre la faz de la Tierra, pero que la ciencia no ha podido estudiar todavía. ¿Sigue usted sin convencerse?

—Por lo menos, estoy vivamente interesado.

—Pues entonces su caso no es desesperado. Me da usted la sensación de que hay dentro de su persona y al acecho por alguna parte un algo de inteligencia, de modo que iremos tanteando pacientemente hasta dar con ella. Dejemos por ahora al norteamericano ya cadáver, y sigamos con mi relato. Ya se imaginará usted que yo no podía apartarme del Amazonas sin calar más a fondo en el asunto. Existían indicaciones referentes a la dirección de donde había venido el viajero muerto. Me habrían bastado como guía las leyendas de los indios, porque descubrí que entre todas las tribus ribereñas circulaban rumores relativos a la existencia de un país extraordinario. Habrá oído usted hablar sin duda de Curupuri.

—Jamás.

—Curupuri es el espíritu de los bosques, un ser terrible, maligno, del que es preciso huir. Nadie sabe describir su forma o su constitución; pero a lo largo de todo el Amazonas su nombre inspira terror. Ahora bien: todas las tribus concuerdan en lo referente a la dirección en que mora Curupuri, y esa dirección era la misma que traía el norteamericano. Algo espantoso se escondía de aquel lado, y a mí me correspondía averiguar qué era.

—¿Y qué hizo usted?

Se había esfumado toda mi petulancia. Aquel hombre macizo imponía atención y respeto.

—Dominé la extremada repugnancia de los indígenas, repugnancia que se extiende incluso a conversar acerca del tema. Empleando juiciosamente como medios de persuasión el razonamiento y, lo reconozco, también hasta cierto punto las amenazas, logré que dos de ellos me sirviesen de guías. Después de muchas aventuras que no hace falta que relate, de viajar una

distancia que no mencionaré, en una dirección que me reservo, llegamos, por fin, a una región que nadie ha descrito, ni siquiera visitado, fuera de mi desdichado predecesor. ¿Quiere tener la amabilidad de mirar esto?

Me entregó una fotografía del tamaño de media placa.

—No ofrece un aspecto muy satisfactorio, y ello es debido a que durante el viaje de descanso por el río volcó la lancha, rompiéndose con fatídicos resultados la caja en que estaban encerradas las películas sin revelar. Casi todas se estropearon por completo. Fue una pérdida irreparable. Ésta es una de las pocas que se salvó parcialmente. Tendrá usted la bondad de aceptar esta explicación de las deficiencias y anormalidades. Se ha hablado de mañana. No estoy de humor para contestar.

La fotografía estaba, desde luego, descolorida. Un crítico desconfiado podría tergiversar fácilmente lo borroso de aquella superficie. Era un paisaje de un gris apagado, y, a medida que fui descifrando detalles, me di cuenta de que representaba una hilera de collados, larga y enormemente elevada, que, vista de lejos, producía la impresión de una inmensa catarata que tenía en el primer plano una llanura en declive y cubierta de árboles.

—Creo que es el mismo panorama del dibujo del álbum —dije.

—Exactamente el mismo —contestó el profesor—. Encontré rastros del campamento del norteamericano. Y ahora mire esto.

Era una fotografía del mismo escenario, pero tomada desde más cerca. Aunque muy defectuosa, pude distinguir con toda claridad el pináculo de roca, aislado y coronado por un árbol, que se destacaba del espolón.

—No me queda ya la menor duda —exclamé.

—Algo vamos ganando con ello —dijo Challenger—. Progresamos, ¿verdad? ¿Quiere mirar ahora en la cima de ese pináculo? ¿No distingue nada?

—Un árbol gigantesco.

—¿Y encima del árbol?

—Un pájaro enorme —contesté.

Me alargó una lente de aumento. Miré por ella y dije:

—En efecto: encima del árbol hay un gran pajarraco. Parece que tiene un pico muy grande. Diría que es un pelícano.

—No puedo felicitarle a usted por su agudeza visual —dijo el profesor—.

Ni es pelícano ni se trata de un pájaro. Quizá le interese saber que yo conseguí derribar de un tiro a ese animal que está usted viendo. Constituía la única prueba de absoluta certeza que pude traer conmigo al alejarme de allí.

—¿Dispone usted del animal entonces?

Allí teníamos una corroboración, tangible.

—Disponía. Se perdió, por desgracia, con tantas otras cosas, en el mismo accidente de la lancha que me echó a perder las fotografías. Al verlo desaparecer entre los remolinos del rabión, le eché la garra, y se me quedó entre los dedos una parte de su ala. Cuando me sacaron a tierra, estaba yo sin conocimiento; pero el trozo lamentable del que había sido soberbio ejemplar estaba intacto. Aquí lo tiene usted.

Sacó de un cajón una cosa que me pareció que era la parte superior del ala de un enorme murciélago. Era un hueso curvado, de dos pies de largura, con un velo membranoso debajo.

—¡Un murciélago gigantesco! —apunté.

—Ni muchísimo menos —dijo el profesor con severidad—. Como yo vivo en una atmósfera de ciencia y de cultura, no me imaginé jamás que los principios elementales de la zoología fuesen tan poco conocidos. ¿Es posible que usted ignore cosa tan rudimentaria en la anatomía comparada como esta de que el ala de un pájaro no es en realidad otra cosa que el antebrazo, mientras que el ala de un murciélago está formada por tres dedos alargados, unidos entre sí por medio de membranas? Ahora bien: en este caso no es ese hueso un antebrazo, desde luego, y puede usted comprobar, además, que se trata de una sola membrana que cuelga de un solo hueso, no pudiendo, por consiguiente, pertenecer a un murciélago. Pero si no se trata de un pájaro ni de un murciélago, ¿de qué se trata?

Mi escasa reserva de conocimientos estaba ya agotada, y contesté:

—Verdaderamente que no lo sé.

Abrió el libro de consulta que antes me había dado a examinar, y me dijo, señalando la imagen de un extraordinario monstruo volador:

—Aquí tiene una reproducción excelente del *dimorphodon* o pterodáctilo, reptil volador del período jurásico. En la página siguiente verá usted un diagrama en que se explica el mecanismo de su ala; tenga la amabilidad de compararlo con el ejemplar que tiene en su mano.

Una oleada de asombro me anegó mientras miraba. Estaba convencido. No había escapatoria posible. La prueba acumulativa era abrumadora. El dibujo, las fotografías, el relato, y ahora aquel ejemplar tangible, la demostración estaba completa. Y lo dije, lo dije calurosamente, porque tenía la sensación de que el profesor era víctima de una injusticia. Él se recostó en su silla con los párpados medio cerrados y una sonrisa complaciente, calentándose en aquel súbito espacio asoleado.

—¡Es la cosa más grande de todas las cosas grandes de que me he enterado! —exclamé, aunque el entusiasmo que en mí se había despertado era más de tipo periodístico que científico—. ¡Colosal! Usted es un Colón de la ciencia que ha descubierto un mundo perdido. No sabe cuánto me duele el que haya parecido que dudaba de usted. Es que era una cosa inimaginable. Pero cuando yo tropiezo con la prueba de una cosa sé apreciarla, y ésta debería servir para convencer a cualquiera.

El profesor runruneaba de satisfacción.

—Y, después de eso, ¿qué hizo usted?

—Era la estación de las lluvias, míster Malone, y mis provisiones estaban agotadas. Exploré una parte de este collado rocoso; pero no encontré modo de escalarlo. La roca en forma de pirámide sobre la cual descubrí y maté al pterodáctilo resultaba más accesible. Como tengo algo de alpinista, me las arreglé para escalar hasta media distancia de la cima. Desde aquella altura me encontraba en situación ventajosa para formarme una idea más exacta de la meseta que se alzaba en lo alto de los montes rocosos. Saqué la impresión de que era extensísima; no pude distinguir ni por el este ni por el oeste el final del panorama de rocas cubiertas de verde. Las tierras que hay al pie de la cadena de colinas rocosas forman una región pantanosa, de manigua, poblada de serpientes, insectos y fiebres, que sirve de defensa natural e impide el acceso a tan extraordinario país.

—¿Descubrió usted alguna otra señal de vida?

—No, señor, ninguna otra. Pero en el transcurso de la semana que permanecimos acampados al pie de la cadena de colinas rocosas nos llegaron desde lo alto algunos ruidos raros.

—¿Y el animal que dibujó el norteamericano? ¿Cómo se explica usted que él lo descubriese?

—La única suposición que podemos hacer es que él consiguió subir hasta la cima, y allí lo vio. Eso nos demuestra que existe, en efecto, una vía de acceso hasta lo alto. Sabemos también que debe de ser sumamente dificultosa, pues de otro modo esos animales habrían bajado al llano, apoderándose del territorio que hay en torno. Esto está claro, ¿verdad?

—Pero ¿cómo es que se encuentran allí?

—Yo no creo que el problema resulte demasiado oscuro —dijo el profesor—. No puede haber sino una sola explicación. Ya habrá usted oído decir que Sudamérica es un continente granítico. En aquel preciso lugar del interior ocurrió, en alguna edad remotísima, un súbito levantamiento volcánico. Conviene advertir que aquellos cerros son basálticos y, por consiguiente, plutónicos. Una zona, quizá de la extensión del condado de Sussex, fue alzada en bloque con todo su contenido viviente y cortada del resto del continente por precipicios perpendiculares de una dureza que los hace resistentes a la erosión que tiene lugar en todo el resto del continente. ¿Qué resultado se derivó de ahí? El de que las leyes naturales quedaron en suspenso. Allí quedaron neutralizados o alterados los distintos impedimentos y trabas que influyen en la lucha por la existencia en el ancho mundo. Sobreviven seres que de otro modo habrían desaparecido ya. Fíjese en que tanto el pterodáctilo como el estegosaurio corresponden al período jurásico, o sea, que en el orden de la vida son de una época grandiosa. Han sido conservados artificialmente gracias a esas condiciones accidentales y extrañas.

—Pero no cabe duda de que la prueba que usted presenta es definitiva, y le basta con exponerla ante las autoridades en la materia.

—Eso es lo que yo había imaginado dentro de mi simplicidad —contestó con amargura el profesor—. No puedo decirle otra cosa sino que no ocurrió como yo me imaginaba, y que me encontré por todas partes con la incredulidad, nacida en parte de la estupidez y en parte de los celos del oficio. Yo no soy hombre, míster Malone, como para aferrarme a nadie, o para tratar de demostrar un hecho cuando se ha dudado de mi palabra. Después de la primera experiencia, no he accedido a exponer las pruebas corroborativas que tengo en mi poder. Le cobré odio a todo el asunto, y no quise ni hablar acerca del particular. Cuando algunos hombres como usted mismo, que representan la estúpida curiosidad del público, vinieron a entremeterse en

mi vida privada, no fui capaz de acogerlos con reserva digna. Soy por naturaleza, lo reconozco, algo colérico, y si me provocan tiendo a la violencia. Sospecho que usted lo habrá observado ya.

Me acaricié el ojo, y no dije nada.

—Mi mujer me ha censurado con frecuencia a ese respecto; pero yo creo que cualquier hombre de honor reaccionaría de esa misma manera. Sin embargo, esta noche me propongo ofrecer un ejemplo extremado del dominio de la voluntad sobre las emociones. Le invito a usted a que esté presente en esta exhibición —me alargó una tarjeta que había encima de su mesa—. Ahí verá usted anunciada la conferencia que míster Percival Waldron, naturalista que goza de cierta popularidad, dará a las ocho y media en el salón del Instituto Zoológico sobre el tema «El archivo de las edades». He sido invitado especialmente para hacer acto de presencia en la tribuna y para proponer un voto de gracias al conferenciante. Aprovecharé la ocasión para, con infinito tacto y delicadeza, dejar caer unas cuantas observaciones que quizá despierten el interés del auditorio y tienten a algunas personas a entrar más a fondo en la materia. Nada de disputas, compréndame, sino una simple sugerencia de que hay posibilidades mucho mayores todavía. Mantendré bien tirante la trailla, y ya veremos si con esta actitud de moderación consigo resultados más favorables.

—¿Y puedo yo asistir al acto? —pregunté ávidamente.

—¡Claro que sí! —me contestó con cordialidad. Su simpatía era casi tan enormemente maciza y tan dominadora como su violencia; su benévola sonrisa resultaba maravillosa, con sus carrillos apelonados de pronto como dos manzanas encarnadas, dentro del marco de sus ojos entornados y de su gran barba negra—. No deje por nada del mundo de venir. Me tranquilizará saber que tengo un aliado en la sala, por poco preparado e ignorante del tema que sea. Me imagino que el auditorio será numeroso, porque Waldron, aunque es un completo charlatán, goza de dilatada popularidad. ¡Ea, míster Malone, le he dedicado ya más tiempo del que había calculado! No debe el individuo monopolizar lo que está destinado a todo el mundo. Me agradará verle esta noche en la conferencia. Mientras tanto, quede entendido que se abstendrá usted de hacer ningún empleo público del material que le he dado a conocer.

–Pero míster McArdle... mi director, sabe usted... querrá saber los pasos que he dado.

–Dígale lo que le parezca. Entre otras cosas, puede usted decirle que si envía a alguna otra persona a molestarme, iré yo a visitarle provisto de una fusta. En fin: dejo a cargo de usted el que no aparezca nada en la Prensa. Perfectamente. Entonces hasta las ocho y media de esta noche en el salón del Instituto Zoológico.

En el instante de despedirme con un vaivén de la mano recibí una última visión de unas mejillas coloradas, una barba azul en ondas y unos ojos de mirada intolerante.